

J. Chadwick, *El mundo micénico*, Alianza Editorial, col. Universidad, Madrid, 1985, 253 pp. y 65 ilustraciones en b/n.

Albert Ferrer Orts

Universidad de Playa Ancha

John Chadwick (1920-1998) fue un filólogo inglés cuyo mérito principal fue haber descubierto, junto a Michael Ventris, la escritura denominada Lineal B en el contexto de la cultura micénica. Fue profesor en la Universidad de Cambridge desde 1952 i previamente trabajó en el *Oxford Classical Dictionary*.

Algunas de sus publicaciones más conocidas son, además de *El mundo micénico* (1976), editada en castellano en 1977, *El desciframiento del Lineal B* (1958) y, junto a Ventris, *Documents in Mycenaean Greek* (1956).

El interés que suscita la obra que ahora pasamos a analizar radica en que su autor nos introduce en los entresijos de la geografía, economía, sociedad, historia y cultura de la Grecia preclásica (micénica, para ser más exactos) gracias a los hallazgos arqueológicos y al desciframiento del lenguaje de las tablillas de barro, denominado en adelante Lineal B, como antecedente del Lineal A y de la lengua griega propiamente dicha. Para ello, Chadwick se adentra en determinados yacimientos de la Grecia insular (fundamentalmente Creta) y continental (en particular, Pilo).

Su relato es exhaustivo y meticuloso en todos los aspectos y, a pesar del detallismo de sus datos, ameno y muy razonado con certezas y, sobre todo,

hipótesis bien construidas. Pero también es cierto que, dada su pulcritud en los datos aportados, el discurso se convierte en ocasiones árido incluso para quien está introducido en la materia.

La obra se estructura, además de los agradecimientos y el prefacio de rigor, en once capítulos (La helenización de Grecia; Los testimonios documentales; La geografía micénica; Las gentes de las tablillas; La estructura social y el sistema administrativo; la Religión; la Agricultura; la Artesanía, industria y comercio; las armas y la guerra; Homero el pseudo-historiador; y El fin del mundo micénico), la pertinente bibliografía consultada y un índice analítico, siempre útil para buscar referencias concretas.

En el prefacio (pp. 11-20), Chadwick nos informa de sus propósitos expositivos, así como de las abreviaturas que utiliza en el texto (p. 14), además de una útil y amplia cronología (siglos XX-VIII a.C.) que enmarca el período micénico -siglos XVI-XIII a.C.- (p. 15), de los aspectos propiamente filológicos a la hora de descifrar la Lineal B (pp. 16-17) y de un mapa de Grecia y del Egeo donde ubicar su discurso metodológico y geográfico (pp. 18-19).

El capítulo primero (pp. 21-35) aborda el tema de la penetración en Grecia central y en el norte del Peloponeso de invasores que se mezclaron con la población autóctona creando la lengua griega, aunque la pervivencia de la cultura minoica era un hecho por la continuidad de algunas de sus costumbres (como las escenas de tauromaquia que representan saltos imposibles, ahora interpretadas como una convención artística debida al desconocimiento de la perspectiva). Su hipótesis es que la nueva población resultante adaptó y mejoró su escritura mediante unas tablillas de barro a medida donde dispusieron en cada línea determinado asiento contable (pp. 21-27).

Un período, a partir del s. XVI a.C., por lo demás, de graves cataclismos geológicos (terremotos, irrupciones volcánicas...) en los que quedó destruida la civilización minoica y la isla de Creta fue ocupada por pueblos de la península griega, asentados en un primer estadio alrededor del palacio de Cnosos (pp. 27-35).

El capítulo segundo (pp. 36-57), Chadwick trata del descubrimiento y desciframiento de tablillas de barro escritas (también algunas pintadas sobre vasijas), cuya lengua fue denominada Lineal B por Ventris y él mismo (pp. 36-39). Así como su explicación, desde su fabricación y conservación en cestas de mimbre hasta el modo en que se utilizaban por los escribas y cómo se disponían los signos (palotes o tarjas), las abreviaturas... En este apartado cobran significación los estudios dedicados a las 3.000 y 1.200 tablillas encontradas en Cnoso y Pilo respectivamente, algunas jarras inscritas halladas en Tebas (pp. 39-53) y la localización de sus signos, numerales e ideogramas, tanto los reconocibles como los convencionales (pp. 53-57).

El capítulo tercero (pp. 58-86), dedicado en exclusiva a la geografía micénica a través de Mesenia (palacio de Pilo) y Creta (palacio de Cnoso) y otras de sus principales ciudades. En el caso de la región continental (pp. 58-74) parece ser que hubo dos provincias separadas por un accidente geográfico, así como algunas ciudades tanto en la costa (provincia cismontana) como en el interior (provincia transmontana). En el caso cretense (pp. 74-86), parece ser que el asentamiento minoico se encontraba en una posición en la que primaba su accesibilidad y las buenas condiciones, al contrario que sugieren los intereses micénicos, instalados en posiciones estratégicas y dominantes.

Hasta qué punto el palacio de Cnoso dominaba una isla tan abrupta como Creta nos la da la información recogida por las tablillas y la cerámica (y la composición de la arcilla de que estaban realizadas), las cuales parecen indicar la

preponderancia de aquel palacio sobre el de Festo, así como su organización a través de gobernadores supeditados a un rey. Chadwick incide en su economía agropecuaria, ganadera principalmente pero también agrícola (cerealista) en la única llanura fértil de la ínsula, Messará.

A través de una serie de mapas (principalmente de Mesenia pues solo aparece uno de Creta) se sitúan los principales asentamientos humanos tanto del entorno de Pilo como de Cnoso, descubiertos pacientemente por las investigaciones de los arqueólogos y las inteligentes deducciones del autor, tal como demuestra en las nueve ciudades que, de alguna manera, entraban en el área de influencia de Pilo (p. 66).

El capítulo cuarto (pp. 87-96) está dedicado a quiénes escribieron las tablillas de la Lineal B, así como a determinadas inscripciones referidas a algunos nombres propios, como por ejemplo *Alexandros* (el Espantahombres) y la versión femenina de él derivada (pp. 87-88), *Theodóra*, *Amphimédés*, *Eumenés*, *Euruptolemo*, *Opilimnios*, *Philowergos*, *Glaucos* (Ojostristes), *Equinos* (Erizo de mar), *Poimén* (Pastor), *Khalkeus* (Herrero), *Eruthros* (Bermejo) o *Polizvos* (Cano). También nos informa de los nombres propios del período (mayoritariamente masculinos), pues parece ser que solo se utilizaba uno, con lo que su diferenciación, en caso de coincidir, venía con el acompañamiento del nombre paterno (pp. 88-91). En el caso de Pilo, se han encontrado nombres que también se asocian con sus ocupaciones en la defensa de la costa, cuyo origen parece ser que no era propiamente griego (pp. 94-95).

De igual modo, Chadwick insiste en que Homero utiliza nomenclaturas de origen micénico -lo que recuerda, en cierto modo, algunos de los planteamientos de Finley al tratar sobre la *Ilíada* y la *Odisea*- (pp. 94-95).

Por último, el filólogo se ocupa de la población micénica de las zonas estudiadas (pp. 95-96), llegando al convencimiento que a Pilo podría asignársele

una población superior a los 2.500 habitantes, mientras que para todo el entorno de su influencia (o reino) la cifra pudo alcanzar las 50.000 personas. El caso de la ciudad de Asitia, en la provincia transmontana de Mesenia, donde hay una continuidad ininterrumpida en los hallazgos de las tablillas, llega a la conclusión de que estuvo habitada por una cantidad de personas que oscila entre las 800 y las 1.000.

En el capítulo quinto (pp. 97-114), el investigador británico profundiza en la consideración de los grandes palacios micénicos como centros administrativos (Cnoso, Festo, Mállia, Mecenas, Tirinto o Pilo, entre otros), a través de los registros de las tablillas de barro, quizás el lugar de residencia del *wanax* (o rey). Es curioso, según Chadwick, que el otro término que para Homero significa monarca (*guasileus/basileus*), en este tiempo viene a significar algo parecido a jefe de un grupo o incluso capataz en un oficio (pp. 97-98). Los términos *lávágetás* (conductor del pueblo) y *telestai* quedan un tanto difusos para el investigador, no así el de *hequetai* -seguidores del rey para servirlo en la paz como en la guerra- (pp. 99-100).

Seguidamente, nos habla de la administración local (pp. 102-106), de los grandes terratenientes (basado en el territorio de dieciséis distritos dominado por Pilo) o gobernadores *-koreté* o *dumar-*, secundados por subgobernadores *-prokoretér-*, claveros *-kláwiphoros-*, aparceros *-moroqquás-*, personal relacionado con el culto y el ritual *-telestai-*, de la colectividad *-dámos-*, de los oficiales de los demos y de una dignidad aun no aclarada *-dámokoros*. Así como de las grandes posesiones (*ktoinookhos*).

En último lugar, Chadwick centra su atención en las clases inferiores (pp. 106-114), tema complejo de acuerdo con el estado de las investigaciones. Habla de la esclavitud, término difuso pues aunque ésta existía (particularmente frecuente en el sexo femenino) el autor propone mejor la de siervos para Creta; en las

mujeres, conocidas habitualmente por su oficio o por su precedencia, en especial jonia (Mileto, Cnido, Lemnos... cuando no de Lidia).

En el capítulo sexto (pp. 115-135), el investigador trata de la religión micénica, un apartado arduo por cuanto los testimonios arqueológicos de tablillas y cerámica pilota y cretense permiten un corto recorrido en este aspecto “La dificultad de interpretar los mudos hallazgos de los arqueólogos es más grande en el campo de la religión que en cualquier otro” (p. 115), concluyendo que es “... necesario subrayar el riesgo de tratar los mitos como historia...” (p. 116). Ciertamente Chadwick relaciona algunas deidades con los dioses homéricos y clásicos, como Zeus (Dyéus), Poseidón (*Paiáwón*), Hermes (*Hermahás*), Dionisos (*Diwonusos*) o Démeter –*Dámáter*- (otros permanecen desconocidos), así como las ofrendas que a ellos se les realizaba en forma de animales domésticos o jabalíes. Al respecto, viene a completar esta información la figura 33 (pp. 132-133).

En el siguiente capítulo, el séptimo (pp. 136-172), el profesor y estudioso inglés nos habla de la economía agropecuaria de forma pormenorizada, de los pesos y las medidas utilizadas “... las unidades de los sistemas métricos, para las que existían indudablemente las palabras correspondientes... por medio de signos especiales” (p. 136), haciendo hincapié en su producción: cereales (pp. 144-156), especias (pp. 157-159), aceitunas (pp. 160-161), higos (p. 161), vino (pp. 161-162), apicultura (pp. 162-163), además de la ganadería y sus productos (pp. 163-172). Recurre, por ello, a numerosas figuras con signos interpretados (figuras 34, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42 y 43) que clarifican lo que, a priori pudiera parecer incomprensible al lector profano.

Con ello, corrobora la importancia del sector primario en Creta y Mesenia, o lo que es lo mismo, en la Grecia de época micénica. Motor, al fin y al cabo de toda su organización sociopolítica y base de su dieta alimenticia.

En el capítulo octavo (pp. 173-201), dedicado a la artesanía, la industria y el comercio, inicia su disertación con algunas construcciones micénicas, como Tirinte, Gla o el “Tesoro de Atreo” en Mecenas (pp. 173-179); los principales metales utilizados por su población: oro, plata (*paraku*), plomo (*moliwdos?*), cobre y estaño, con algunos de sus signos (pp. 179-191); sus tejidos: la lana y, sobre todo, el lino de Pilo (pp. 191-198); y el comercio (198-201) para aquellos excedentes de su producción pues “No es improbable que existiera alguna especie de mercado en las ciudades micénicas, en el que pudiera cambiar de manos los víveres excedentes...”, aunque “... la presencia de una clase de mercaderes regular es muy discutible, hasta que no se pueda encontrar un testimonio documental que apoye esta teoría” (p. 201).

El noveno capítulo (pp. 202-226) nos introduce en todo aquello referido a las armas y a la guerra, especialmente teniendo en cuenta que –por los testimonios conocidos- la sociedad minoica era abiertamente pacífica. Actitud que parece tornarse con la ocupación micénica (o propiamente griega), aspecto que queda contrastado al hallarse cerca de Cnoso “tumbas de guerrero”, apoyadas por las inscripciones de las tablillas en Lineal B. (figuras 53-63), analizándose, a continuación, la armadura (pp. 203-208), los carros de guerra (pp. 208-216), las armas (pp. 216-218) y la organización militar (218-226).

Asimismo, nos informa de la caída de Pilo (s. XIII-XII a.C.) y Cnoso (cuyo palacio fue incendiado a comienzos del s. XIV a.C.) supuestamente por los “Pueblos del Mar”, así denominados por los egipcios, tal vez instalados en Anatolia.

El décimo y penúltimo capítulo (pp. 227-236) queda dedicado a Homero, como pseudo-historiador. Algo en lo que coincide plenamente con Finley al no atribuirle fidelidad histórica a muchos de los hechos, ni siquiera a la geografía, de

los que trata este “rehén” (significado literal de su nombre) que reunió en el s. VII a.C. los dos grandes poemas épicos que son la *Iliada* y la *Odisea*. Inspirados en la Edad Micénica, entre los siglos XIII y XII a.C.

En el undécimo capítulo (pp. 237-243), J. Chadwick nos deja sus conclusiones después de haber trabajado intensamente en los hallazgos de Cnoso (pp. 237-241) y Pilo (pp. 241-243), toda vez que nos relata la súbita destrucción de la cultura micénica, dato apoyado por la normalidad de la vida inmediatamente anterior según reflejan las tablillas. Con todo, mientras que parece ser que Cnoso sucumbió de súbito, Pilo esperó el ataque por mar a principios del *Plowistoio*, “mes de la navegación”, o sea en primavera.

Después, se abre el período denominado la Edad Oscura de Grecia, dada la escasa información que se posee. Solo el recuerdo que destilan los poemas homéricos viene a recordarnos aquella etapa (la Edad de Bronce), parcialmente exhumada por la arqueología en el siglo XX. Finaliza el libro la preceptiva bibliografía consultada (pp. 244-246) y el índice analítico (247-253).

* Albert Ferrer Orts, Académico de la Facultad de Arte de la Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación.

Para citar esta reseña:

Ferrer Orts, Albert, “J. Chadwick, *El mundo micénico*, Alianza Editorial, col. Universidad, Madrid, 1985”, *Revista Historias del Orbis Terrarum*, Anejos de Estudios Clásicos, Medievales y Renacentistas, Reseñas y Críticas, ISSN 0718-7246, vol. 10, Santiago, 2015, pp.5-12